



DEBATES E INTERVENCIONES

Entrevista con Lina Britto sobre su libro *El boom de la marihuana: Auge y caída del primer paraíso de las drogas en Colombia*

LINA BRITTO

Northwestern University

lina.britto@northwestern.edu

CARMEN SOLIZ

University of North Carolina at Charlotte

msolizur@uncc.edu

El *Southeastern Council of Latin American Studies* (SECOLAS) es el organismo profesional regional en Estados Unidos más antiguo dedicado al estudio de las sociedades latinoamericanas y caribeñas. Desde el año 2018, SECOLAS inició el Podcast HISTORIAS, un ciclo de diálogos con libros y autores latinoamericanistas en inglés y en español. Reproducimos esta entrevista realizada por Carmen Soliz a la historiadora Lina Britto quien nos habla de su libro *El boom de la marihuana: Auge y caída del primer paraíso de las drogas en Colombia*.



Carmen Soliz: Este programa sobre el análisis de los estudios latinoamericanos busca el diálogo entre las Américas discutiendo libros publicados en inglés pero también el trabajo de historiadores y antropólogos publicados en español y difundidos en América Latina.

Hoy hemos invitado a Lina Britto para hablar sobre su libro traducido como *El boom de la marihuana: Auge y caída del primer paraíso de las drogas en Colombia* (Ediciones Uniandes y Crítica, 2022). Lina es profesora asociada del departamento de historia de Northwestern University, terminó el doctorado en historia latinoamericana y del Caribe en New York University y en el marco de su investigación de tesis de doctorado y del manuscrito, recibió una serie de becas que le posibilitaron realizar también un postdoctorado para estudios internacionales en Harvard University. Su libro salió como ganador con una mención de honor en Colombia de la fundación Alejandro Ángel Escobar en la categoría de ciencias sociales y humanidades el año 2021.

Lina Britto: Gracias por la invitación, es un gusto conversar contigo dado que hemos sido compañeras de estudio en varios momentos de nuestra vida, a nivel de maestría en Bolivia y a nivel de doctorado en Nueva York.

CS: Tu proyecto es importante y seductor y me gustaría que nos cuentes por qué eliges un proyecto como este, difícil de investigar.

LB: Uno no siempre se da cuenta de sus motivos en el momento así que, viendo en retrospectiva, creo que hubo varios factores. El más evidente es mi historia familiar y personal, porque mi padre y toda mi familia paterna provienen desde hace muchísimas generaciones de La Guajira, que es la región que sirvió de epicentro de la economía de la marihuana en los años setenta, lo que se conoce popularmente en Colombia como la bonanza marimbera. Esta historia ha sido por tanto parte de mi historia familiar, de mi niñez, de esa curiosidad infantil por mis orígenes, por mi identidad, porque no crecí allá sino en Medellín.

Otro factor que seguramente intervino fue mi trayectoria profesional como periodista. Trabajaba en Medellín en lo que en Latinoamérica llamamos periodismo urbano, y siempre me interpelaba entender lo que en Colombia se llaman las periferias, los márgenes del territorio nacional, las fronteras de Colombia, que son las regiones que generalmente están en las tierras bajas, en la costa Caribe, costa Pacífica, llanos orientales y en la Amazonía y que son consideradas como la otra Colombia. Siempre me interesó ese imaginario de país conformado por muchos países y cuando me iba a graduar de periodista hice mi tesis sobre la frontera de Colombia con Panamá, en el Darién, sobre el Caribe, que vivía entonces una guerra paramilitar y guerrillera.

Finalmente, otro factor que tuvo un papel importante a la hora de escoger mi tema fue mi propia experiencia de vida y juventud en Medellín, una Medellín post Pablo Escobar, después de su asesinato y la desintegración del cartel. Pasé mi juventud en un mundillo de clase media muy contrahegemónico, muy contracultural, multigeneracional, y donde las drogas tanto legales como ilegales eran parte de la cotidianidad; en algún momento comencé a interrogarme sobre las razones de esos mercados de consumo tan intensos, tan densos en los que yo vivía, y cómo se relacionaban con la historia del narcotráfico en el país. Por cosas de la vida, surgió la oportunidad de continuar mis estudios a nivel de maestría en La Paz, Bolivia. No tuve que pensar mucho el tema de investigación: estaba casi dado por esa curiosidad personal que venía desde mi infancia y solo se trasladó a la curiosidad profesional. En algún momento parecía algo anecdótico, olvidado, irrelevante, porque nadie hablaba de eso; sin embargo, aquí estamos con un tema muy importante no solo en Colombia sino en América Latina y en el mundo, por los procesos de descriminalización y legalización alrededor del cannabis, tanto medicinal como recreacional.

CS: Por lo general los historiadores tienen que lidiar con la cuestión de fuentes y hay distintos niveles de dificultad dependiendo del trabajo de cada uno. ¿Qué significa hacer un trabajo de investigación cuando lo que quieres investigar son actividades ilícitas? ¿Cómo fue tu trabajo con fuentes?

LB: Fue un proceso de descubrimiento porque, inicialmente, partí de la idea de que iba a ser muy difícil porque eran actividades ilícitas y clandestinas en las que el secreto es indispensable para el éxito de las operaciones. El trabajo de campo lo inicié con mi propia familia, mis tíos y mis tías, que son la generación de la bonanza marimbera. Tengo un tío que es un historiador local, informal, es un contador de historias y tiene muchas memorias de las cosas que han pasado en el pueblo y, naturalmente, ficcionaliza mucho. Comencé a trabajar con él y empezó a presentarme a otras personas que participaron en la economía de la marihuana, ya sea como cultivadores, transportistas, gente que se ocupaba de la seguridad. Entonces me di cuenta de que en realidad no es una historia tan secreta: estaba ahí, circulaba como saber popular, como cuentos, como rumor, como chismes, como chistes. Muchísima gente estaba dispuesta a hablar porque ya no tenían nada que perder. No les quedó dinero, no les quedó poder, no les quedó estatus y por ello no estaban arriesgando nada contando la historia. La primera fase, por tanto, fue hacer esa historia oral, inicialmente con mi propia familia, con vecinos, con conocidos y allegados de mi familia en el pueblo donde viven que se llama San Juan del César, en el sur del departamento de La Guajira; a partir de ahí me fui abriendo espacio, recorriendo esa red de parentesco en distintos pueblos, en distintas localidades de la región.

Finalmente, en algún momento, años después, comencé a hacer trabajo de archivo, que también fue otro descubrimiento parecido. Había muchísimo en la prensa, en los periódicos, en revistas de la época y también en documentos gubernamentales. Lo que sucede es que había que saber cómo buscar esos documentos porque no existía un archivo que dijera “boom de la marihuana en Colombia”, estaban desparramados en distintas partes: en archivos que tenían que ver con obras públicas e infraestructura o en archivos de gobierno, o en el Ministerio del Interior, del Departamento del Estado, en archivos diplomáticos, en archivos de las agencias de represión, policía, DEA, etc. Entonces fue como armar un rompecabezas, con fragmentos y piezas muy chiquititas, tanto de fuentes orales, como de fuentes escritas e incluso fuentes fotográficas y tratar de entender la panorámica que ese rompecabezas me estaba mostrando.

CS: El libro tiene tres partes: el nacimiento de la bonanza marimbera, el pico y la caída. Para hablar desde el nacimiento te remontas a las primeras décadas del siglo XX y señalas que para entender las raíces de esa bonanza se debe entender el contrabando, las dinámicas locales y el rol del Estado colombiano y de los Estados Unidos en una trama compleja de elementos. ¿Por qué te interesaba hablar de esta complejidad?

LB: La bonanza sucede en ese rincón de Colombia en el Caribe que está formado por la península de La Guajira –si vemos en un mapa de Colombia es esa cabecita que queda en el norte del mapa– y la vecina Sierra Nevada de Santa Marta que queda al sur de esa península y es una de las elevaciones más altas que existen en el continente sudamericano. Este rincón de Colombia ha sido siempre una esquina del mundo trasatlántico y esto obviamente no es un descubrimiento mío, es de varios intelectuales y académicos de la región que han ido entendiendo, explicando y estudiando ese mundo por mucho tiempo. Yo lo fui aprendiendo de ellos y esta región no es diferente a muchas otras del Caribe que son cuna del sistema capitalista mundial. La pregunta para mí era: ¿qué tiene que ver esto con la coyuntura específica de la economía de exportación de marihuana en los años setenta? Lo que entendí y explico en mi libro es que tiene mucho que ver, aunque solo en parte, porque esos saberes y patrones del comercio internacional se remontan a los siglos XVII y XVIII y han pasado de generación en generación renovándose cada vez.

Esos patrones y saberes, que fueron la base del contrabando de la marihuana que comienza en la segunda mitad de los años sesenta, forman lo que llamo el primer ciclo, la fase de inicio y descubrimiento, cuando este negocio todavía no era una economía de exportación, sino que era simplemente una faceta más del contrabando de productos agrícolas que se daba en la región y que incluía otros estimulantes, legales por cierto, como el café y esporádicamente el azúcar. Me di cuenta de que esta era una historia de larga data, utilizando el argot profesional, una historia de *longue durée*, pero es solamente una parte

de la respuesta, porque no todo se explica a partir de estas tradiciones de siglos. Así que comienzo mi libro en el siglo XX y no en el siglo XVII o XVIII, porque lo que sucede en el siglo XX es otra parte de la historia y a mi parecer es la más importante de todas. La cuestión es cómo esta región se convierte en escenario fundamental de varios procesos de formación de Estado-nación en Colombia, es decir de intervenciones y reformas gubernamentales que contribuyeron a que esas tradiciones de contrabando de larga data se reactualizaran y, lo más importante, se reorientaran de Europa y los mercados del mundo al otro lado del Atlántico, hacia el norte del hemisferio y los mercados en los Estados Unidos. Cuando me refiero a varios procesos de formación de Estado-nación, estoy hablando de políticas públicas que abrieron la región a la inversión de los capitales norteamericanos con los que se financió el surgimiento de varias economías agrícolas de exportación, principalmente banano, café y algodón; y también estoy hablando de intervenciones estatales para la construcción de infraestructura, carreteras, sistema de riego, edificios públicos, hospitales, viviendas públicas, etc. Y por supuesto, reformas educativas que generaron un sistema de educación primaria, liceos de educación secundaria, universidades públicas, que eran muy precarias y dejaban muchísimo que desear porque eran de muy baja calidad, aunque ofrecían educación a la niñez y a la juventud creciente de la región. Todo este proceso de formación del Estado-nación crea las condiciones para que esta región comience a recibir grandes contingentes de individuos y de familias de otras partes del país que estaban huyendo de la guerra bipartidista de mediados del siglo XX y que estaban buscando empleo o tierras en esas economías de exportación de banano, café, algodón, etc. Finalmente, terminan arrinconados y no pueden participar con plenitud de esas economías, entonces buscan una alternativa que termina siendo la marihuana. Las mismas reformas e intervención estatales contribuyeron a que las generaciones más jóvenes de esta población creciente, que estaba atravesando lo que llamamos una explosión demográfica, pudieran migrar a la ciudad en busca de educación y tuvieran aspiración distinta a la de ser campesinos. Todos estos procesos que inicia el Estado y que deja a medias, nunca concluyen, los logra hacer realidad la exportación de marihuana, su cultivo, su comercio. Obviamente de manera temporal y de manera extremadamente problemática.

CS: Tú hablas de una serie de cambios tecnológicos que explican la bonanza marimbera y utilizas el término ‘tecnología’ de una manera muy amplia...

LB: El desafío que tenía era explicar cómo ese contrabando de siglos y esas economías cafeteras, bananeras y algodonerías más recientes desembocaron en la primera economía de las drogas ilícitas en un país que nunca participó en este negocio transnacional. Creo que es importante recordar que Colombia no es como México, como Perú o como Bolivia, en el sentido de que Colombia

nunca había participado, o nunca jugó un papel protagónico en estos circuitos de producción y circulación de intoxicantes o narcóticos. Con el boom de la marihuana, Colombia entró a jugar en las grandes ligas. ¿Cómo sucede esto? Decidí concentrarme en la mercancía misma, hacer un acercamiento de microscopio a lo que se llamaba en ese momento la Santa Marta Gold o la Colombia Golden que era el término con el que se mercadeaba la marihuana colombiana de mayor calidad en los Estados Unidos y es por eso que en la portada de mi libro hay un primer plano de la flor de marihuana. Encontré en bibliotecas públicas de la región, y aquí en los Estados Unidos, tesis de grado de antropólogos y agrónomos que hicieron trabajo de campo durante el boom, y los propios testimonios que recogí me enseñaron que la Santa Marta Gold o la Colombia Golden había sido en realidad un invento. Obviamente existía marihuana antes del boom para el pequeño mercado doméstico, pero esa marihuana era o de muy baja calidad o de muy baja productividad. En la segunda mitad de los años sesenta, cuando comenzó el contrabando de marihuana en la región, esa fue la que se exportó, pero muy rápidamente los mismos compradores norteamericanos y sus socios, los comercializadores colombianos, comenzaron a financiar a cultivadores de la Sierra Nevada para que experimentaran con semillas importadas y locales, y con nuevas técnicas de cultivo para mejorar esas variedades existentes y aumentar la productividad. Así es como nace la Santa Marta Gold o la Colombia Golden, una variedad que como su nombre lo indica conserva el color dorado y la textura de filigrana de variedades locales, pero tenía la productividad de las que eran exportadas, principalmente mexicanas. La creación de la Santa Marta Gold representaba una gran novedad: empezó a existir una mercancía de alto valor para la exportación, y era fruto de una curva de aprendizaje colectivo en la que participaron varios actores sociales y económicos de la región, incluidos los compradores norteamericanos. Ahí tuve que replantearme lo que entendemos por tecnología, ya que la Gold era resultado de la experimentación, la innovación y la estandarización, y en ese sentido una adaptación tecnológica. ¿Pero a cuál problema? Al problema del desarrollo agrario, acumulación de capital y generación de mercados de esta región en Colombia. Obviamente, no es la única adaptación tecnológica, se dieron muchas más, como por ejemplo el uso de aviones para la exportación. Las gentes de la región reinventan viejas tradiciones de contrabando y viejos saberes de técnicas de cultivo de productos agrícolas para la exportación, las mezclan, se retroalimentan, las actualizan y generan las condiciones y saberes necesarios para producir una nueva mercancía que requería ciertos cuidados particulares y ciertos enlaces específicos de cadenas de valor. Fue la mayoría campesina la que se apropió de ese proceso: son ellos quienes hicieron la experimentación, la adaptación y adopción. Esto me parece fenomenal porque estamos hablando de agencia histórica: ¿qué más agencia que esto?

CS: Tú desmontas el mito de que los voluntarios de los Cuerpos de Paz fueron los pioneros del cultivo de la marihuana. ¿De dónde sale este mito y por qué era importante analizarlo?

LB: Varios libros aseguraban que fueron los Cuerpos de Paz en La Guajira y la Sierra Nevada los que estuvieron detrás de los primeros cultivos y cargamentos de marihuana a los Estados Unidos y yo no tenía por qué dudarlos. Uno de mis mentores y colegas, Charles Bergquist, historiador que trabajó Colombia desde los Estados Unidos, fue quien cuestionó esta versión porque él mismo había sido miembro de los Cuerpos de Paz en Colombia a finales de los años sesenta y conocía a muchas personas, y él me aseguró que nunca, en su momento, había escuchado nada por el estilo. A mí me entró la duda y comencé a revisar esos libros y ensayos que así lo aseguraban y me di cuenta de que las fuentes eran muy dudosas porque se citaban unos a otros, sin una referencia concreta. Nunca pude resolver esa duda y me olvidé del tema hasta hace un par de años cuando estaba escribiendo el último borrador de mi libro y salió una película colombiana que se llama *Pájaros de verano*, que fue traducida al inglés como *Birds of Passage*. Fue muy exitosa, circuló en varios países, ganó premios en festivales y aquí, en los Estados Unidos. Los directores de la película crean una ficción que promocionaron como la historia verdadera de los orígenes del narcotráfico en Colombia. En esa ficción aparecen tres miembros de los Cuerpos de Paz orquestando los primeros cargamentos de marihuana desde La Guajira. Yo escribí una reseña que fue publicada en un periódico en Colombia y a raíz de eso varios miembros de los Cuerpos de Paz que trabajaron en La Guajira y en la Sierra Nevada en ese momento me contactaron, pude entrevistarlos y hacer historia oral con ellos, y tal cual Bergquist me lo había dicho años antes, ellos afirmaron que era un mito. Pude entender que, a fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, la clase política colombiana estaba negociando con los gobiernos de Washington el tipo de respuesta que iban a darle a este tráfico creciente de marihuana y cocaína entre Colombia y los Estados Unidos. En ese contexto de negociación política, la idea de que la culpa es del otro se volvió la moneda de las transacciones diplomáticas entre los dos países, como una forma de eludir la responsabilidad para evitar hacerle frente a un tema costoso en lo económico, en lo político y en lo social. Hay, claro, un grano de verdad, porque los compradores norteamericanos tuvieron un papel fundamental en financiar los cultivos, en traer las semillas, en enseñar las técnicas, en recoger la mercancía, pero esos hombres —porque todos eran hombres— no eran miembros de los Cuerpos de Paz. Esto no quiere decir que no hubo miembros de los Cuerpos de Paz que se hayan involucrado en el negocio, tengo algunos testimonios que parecen indicar que así fue. El problema era que presentar a los Cuerpos de Paz como los pioneros de la droga nos sirve como cortina de humo para que nosotros los colombianos evitemos la responsabilidad que tenemos en el surgimiento y la consolidación

de esta industria en el país. Ese mismo rumor nos sirve como ejemplo claro del papel crucial que juegan los políticos coligados con los medios de comunicación y con la academia, en determinar nuestras verdades históricas y en delimitar nuestra memoria. Entonces por eso era importante para mí escarbar en ese tema y todavía hay mucha investigación por hacer.

CS: En el capítulo 4, una de las cosas que haces, y que es muy bonita, es analizar la conexión entre cultura popular y la bonanza marimbera, la historia del vallenato, y la historia entre cultura popular y economía.

LB: El vallenato es un género comercial tremendamente exitoso que ha dejado uno de los legados más duraderos y más profundos para la Colombia actual. El vallenato es la música folklórica de esa parte del Caribe, una música de acordeón, instrumento que fue introducido desde Europa en el siglo XIX por los contrabandistas. Cada embarque de marihuana que salía exitoso se celebraba con una parranda o fiesta de vallenato de varios días, pero lo más importante, a mi modo de ver, es que era un escenario en el que actores emergentes, en camino de ascenso social y económico gracias a la intermediación y exportación de marihuana, transmutaban ese nuevo poder económico en capital social. Había que cultivar relaciones de amistad y relaciones de compadrazgo con otros integrantes de la misma red o de otras redes similares y el vallenato y la parranda era lo que entramaban ese espacio social. Para ser marimbero, que es como se conocía a los comerciantes de marihuana, no bastaba con ser comerciante de marihuana, también había que ser parrandero, comelón, bebedor, mujeriego, buen amigo, porque todo esos eran rasgos indispensables en el camino de ascenso social. La música y la fiesta se convierten en parte de este arsenal de objetos y actividades. Muchas canciones de vallenato de los setenta estaban inspiradas en marimberos, en su personalidad o en su trayectoria, o incluían saludos con nombres y apellidos a estos personajes en medio de coros y de estrofas. Ellos se convierten en mecenas y amigos de los artistas del vallenato y comienzan de alguna manera a financiar una época dorada para esta música; se convierten en patrocinadores de un proceso de nacionalización de esta música que ahora es el símbolo de la nación colombiana. El patrocinio de esta clase emergente de comerciantes de marihuana en los setenta, con sus recursos económicos pero también afectivos y sociales, sirvió para el boom de comercialización de esta música como sonido nacional.

CS: Los dos últimos capítulos tienen que ver con la caída, la crisis a finales de los años setenta, los años de violencia ligados a la droga, la criminalización de los productores, de los transportistas, de los consumidores. En este marco, afirmas que hay una enorme confluencia otra vez entre los intereses del gobierno colombiano y del gobierno norteamericano para usar esta región como un laboratorio de control y represión estatal.

LB: Cuando la economía estaba surgiendo, consolidándose y avanzando, los gobiernos de Colombia y los Estados Unidos tenían conversaciones diplomáticas respecto a ese tráfico creciente, que no era solo de marihuana, porque en otras regiones del país era también de cocaína. Varios gobiernos de los Estados Unidos (Nixon, Ford y luego Carter) y del lado de Colombia (Pastrana, López Michelsen y finalmente Turbay Ayala) analizaban cada tanto cómo resolver este tráfico entre los dos países, aunque en realidad no vemos ninguna inversión valiosa ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo militar. Eran simplemente reformas administrativas, es decir en el papel. Lo que sucedió a final de la década es que ambos países atraviesan unas crisis políticas internas de envergadura y muy complejas. Aquí, en los Estados Unidos, la administración de Jimmy Carter se estaba quebrando por dentro. No solo los republicanos le hacían imposible gobernar, sino que al interior del Partido Demócrata crecían las divisiones y una de ellas tenía que ver con la política de drogas. Carter asumió su gobierno con la idea de descriminalizar y esta política se convirtió en la manzana de la discordia entre los mismos Demócratas. En el congreso empiezan a estudiar el caso del sur de la Florida, que era el lugar de entrada de todos los cargamentos de marihuana y cocaína que venían desde Colombia, y la conclusión de estas audiencias es que la Casa Blanca necesitaba dar por terminada esa política de descriminalización y responder a este tráfico con todo su poderío militar. A ello se suman otros aspectos en la crisis política y de legitimación del gobierno de Carter. Algo parecido tenemos por el lado de Colombia. El gobierno de López Michelsen era el último gobierno del Frente Nacional, que era un pacto entre Liberales y Conservadores que gobernó a Colombia durante varias décadas. Para entonces, ambos partidos estaban muy desgastados y los movimientos sociales estaban tomándose las calles, organizaciones y sindicatos, clases medias y clases trabajadoras, e incluso las mismas elites regionales estaban muy molestas porque los secuestros de empresarios habían comenzado a multiplicarse. En ese contexto se lanza la Campaña de las Dos Penínsulas, llamada así porque tenía como objetivo tanto la península de la Florida en los Estados Unidos como la península de La Guajira en Colombia, pero obviamente el mayor énfasis estaba del lado colombiano porque el esquema de “la guerra contra las drogas” tenía como premisa que todas las fuerzas represivas debía concentrarse en “la fuente”, es decir en los países productores. Todo se basaba en dos ideas: criminalizar todas las actividades que tenían que ver con cultivo, producción, comercialización y exportación de marihuana, y militarizar la región. Esta región se convierte en una geografía de la ilegalidad, un laboratorio de control y violencia estatal donde los poderes ejecutivos de ambos países podían llevar a cabo rituales de poderío estatal, limitar y reprimir actividades que parecían estar fuera de control y es esa violencia estatal la que comienza a crear disrupciones tremendas en las redes mismas de la marihuana. Lo que se ve es una exacerbación de la competencia, de los celos, de la envidia, de las traiciones y comienza una fase

de muchísima violencia, tanto de parte del Estado como de parte de los mismos comerciantes de marihuana. A raíz de esto el negocio comienza a declinar y vemos a la vez el avance de la cocaína tomándose el país en distintas regiones, incluida también la región marimbera.

CS: ¿Por qué dirías que es importante mirar la historia de la marihuana a pesar de que, como tú dices, fue eclipsada por el tema de la cocaína?

LB: Porque ambas historias fueron en realidad paralelas: el negocio de la cocaína despega en Colombia a la par que despega la marihuana, es decir en la segunda mitad de los años sesenta. La diferencia es que la marihuana es la mercancía que permite o que genera la primera economía regional de drogas ilícitas en el país, la primera bonanza. Las redes que transportaban cocaína desde el interior de Colombia trabajaban con pasta base de coca traída de Bolivia y de Perú y lo que hacían era refinarla en laboratorios pequeños e improvisados en varias secciones del país y exportarla a los Estados Unidos en pequeñas cantidades, pero con grandes ganancias. A mí me pareció interesantísimo lograr comprender cómo la marihuana fue un producto agrícola que no tenía valor agregado, que no necesita procesamiento, que no necesita refinamiento y por tanto era muy compatible con las tradiciones productivas colombianas acostumbradas a producir mercancías agrícolas de exportación sin valor agregado. La curva de aprendizaje de la cocaína tomó un poco más de tiempo para que se generaran economías populares y regionales alrededor de la coca y su procesamiento. Como la marihuana es un producto agrícola sin valor agregado, la gente en la región la cultivó sin tabú o sin estigma, lo que permite observar cómo para estas economías populares y campesinas las fronteras entre lo legal y lo ilegal, lo legítimo e ilegítimo son borrosas y son distintas a las que el Estado define e impone.

CS: Según tu criterio, la historia olvidada de la marihuana nos permitiría entender mejor la emergencia de la economía de las drogas ilícitas, no solamente en Colombia sino también en el resto de América Latina.

LB: Creo que una de las cosas que podemos aprender de este episodio, de esta coyuntura en Colombia, es que la idea de que las economías de las drogas ilícitas son producto de la ausencia de Estado es errónea, y se aplica también para los casos de México, Perú y Bolivia. Creo más bien que las intervenciones y las reformas estatales que buscaban una modernización económica y social dejando promesas sin realización, son las que generan la emergencia de las drogas ilícitas. No es por tanto la ausencia del Estado sino el tipo específico de presencia estatal. Por otro lado, esta historia también tiene que ver con la relación entre los Estados Unidos y América Latina. En nuestros discursos nacionalistas y antiimperialistas siempre hablamos de los Estados Unidos como el Coloso del Norte que viene a invadirnos e imponernos todo, pero no. En la historia de “la guerra contra las drogas” a

fines de los setenta y comienzos de los ochenta nos damos cuenta de que ese esquema tiene mucho de imposición, pero también mucho de adopción voluntaria por parte de nuestros Estados y nuestros gobiernos, porque les resulta muy útil para ellos confrontar ciertos desafíos gubernamentales y de legitimidad que tienen en distintos lugares de su territorio nacional. Este caso nos permite entender que esas relaciones políticas y diplomáticas entre los Estados Unidos y los países de América Latina son negociaciones y necesitamos replantearnos para mirar cuál es la ganancia, qué es lo que los gobiernos de América Latina han estado obteniendo al adoptar y adaptar la premisa de “la guerra contra las drogas” y utilizar sus instrumentos y herramientas de control y presencia estatal.